

CUENTO

(Primer Lugar)

LI YANG

Por Oscar Gasca

Era un hombre alto de ojos verdes y quijada dura muy parecido a los modelos que las revistas americanas utilizan para anunciar la ropa sport. Estaba ahí, dormido, sin cansancio y sin conciencia, sin una memoria para soñar experiencias pasadas y sin saber siquiera su nombre. Dormía profundamente y respiraba por la boca el aire urbano del Japón.

Li lo miró desde un extremo de la cama y sonrió. Sabía que tenía que esperar. Se acercó lentamente para ver sus ojos y confirmó que seguían cerrados. Luego dirigió la mirada hacia la parte media del cuerpo y volvió a sonreír. Se alegró de todas las circunstancias que le habían permitido conocer a Richard, y lo recordó en su velero, en un lago de México rodeado de montañas verdes.

Aunque no era el mismo Richard... , aquél era Ricardo.

Ricardo.

Sí, aquél era Ricardo, éste era Richard y ella era Li.

Verónica apareció entonces en su mente:

—¿La doctora Li Feng? —dijo Verónica casi una hora después que el avión de JAL tocó suelo mexicano.

—Sí —dijo Li, mirando tras los lentes.

—Mucho gusto. Yo soy Verónica. Vea que su español es excelente.

—En Oriente tenemos más tiempo de aprender...

—Bueno, permítame su equipaje. Tengo el coche en el estacionamiento. ¿Solamente trae eso?

Verónica observó una pequeña maleta y una especie de morral tejido que colgaba del hombro de Li.

—No estaré más de tres días —dijo Li—. Llámame Li.

Se encaminaron al estacionamiento.

Dos horas y media más tarde el pequeño auto azul bordeaba el lago. Verónica dio tres claxonazos y desde un velero metido en el lago veinte metros, un hombre saludó con ambas manos.

Li alcanzó a ver la figura corpulenta de un hombre con un rompevientos anaranjado.

—Esta es la casa —dijo Verónica.

Bajaron.

La casa se encontraba justo a unos pasos del embarcadero. Era una casa blanca de interiores blancos ahumados. Parecía vacía y solamente algunos objetos extrañamente conjugados quitaban esa impresión: un móvil estilo Calder de descomunal tamaño, un librero construido con tablas y ladrillos, un cajón de frutas repleto de botellas de buen whisky, dos sillas *art nouveau*, una vela de velero colgando de una de las vigas del techo, una vitrina y una colección de conchas en ella, cientos de revistas americanas y varios cojines de todas dimensiones, incluyendo dos del tamaño de una cama. Las huellas de la chimenea y el olor a whisky hacían imaginar que el calor y el alcohol eran combinados frecuentemente en la primera habitación, que en otras condiciones haría las veces de una sala. Los demás cuartos no tenían otra cosa que cuadros de importancia artistas en las paredes, y sólo uno de ellos había sido recientemente amueblado con una cama y un buró para la visita de Li.

Li giró la cabeza sin mover el cuerpo y detuvo la mirada en la chimenea, primero, luego en los cojines más grandes y por último en las botellas de whisky. Olfateó el ambiente. Pensó que la pareja que vivía allí no hacía otra cosa que amarse.

—Me gusta tu casa —dijo.

—Ahora te ensañaré tu recámara —dijo Verónica—. Supongo que quieres descansar. Llevaré tu equipaje.

—Preferiría hacer una prueba —dijo Li.

—¿No quieres un whisky? —preguntó Verónica—. Pídeme lo que quieras. Ricardo no tardará. El podrá ayudarte, si quieres.

—Me gustaría hacerlo sola —dijo Li, saliendo por la puerta hacia el embarcadero, llevando una pequeña caja de aluminio.

—Bien siéntete en tu casa —gritó Verónica desde la recámara.

Li no la oyó.

Ricardo seguía en el velero, tratando de llevarlo hacia la orilla. No estaba lo suficiente cerca pero se había bajado la capucha del rompevientos y Li pudo verlo. Su cara de barro rojo, su pelo rubio, sus ojos verdes... Era sin duda un hombre físicamente extraordinario: era ni más menos lo que siempre había querido tener.

Li sintió de pronto un calor que le subía del estómago al pecho, que quemaba tanto como las bocanadas de fuego de los dragones de las leyendas chinas. Se daba cuenta que ese hombre le gustaba aun sin conocerlo, sin verlo de cerca siquiera, y no sabía por qué. El deseo de posesión era algo que nunca antes había entendido y sin embargo ahora que se apoderaba de ella tan inesperadamente, tan fácilmente, comprendía al mismo tiempo que vivirlo era entenderlo y que entenderlo resultaba inútil cuando sucedía. Era muy simple: deseaba a ese hombre.

Cortó transversalmente un tallo mientras se decía a sí misma que cambiaría todos sus doctorados por un hombre así. Pero era una locura. No conocía a ese hombre, ni ese hombre la conocía a ella. Ni siquiera se habían visto para que pudiera decirse que esa extraordinaria correspondencia que algunos llaman "amor a primera vista" había ocurrido. Además sabía que Ricardo y Verónica se pertenecían, y lo sabía muy bien. Ella misma estaba en ese lugar por el amor de Verónica a Ricardo. La segunda carta de Verónica lo explicaba muy bien.

"...Es igual; el mismo maravilloso y fuerte hombre de quien yo me enamoré. Pero no es lo mismo si no... Yo lo amo de todas maneras pero no es lo mismo. Yo necesito poseerlo físicamente porque estoy acostumbrada a sentir que él es solo mío. Y ahora... No sé cómo decirlo pero su cuerpo es el que le dice a mi cuerpo que me pertenece, que..."

Mentalmente la mirada de Li recorrió la primera habitación de la casa y se posó en la chimenea, los cojines grandes y las botellas de whisky. Se imaginó a Ricardo junto a ella, los dos desnudos.

"Lo peor es que está completo —seguía la carta—, que no le falta nada. Si no lo tuviera tal vez yo me haría a la idea. Pero no. Lo veo y... Usted sabe. Por eso pensé en usted. He leído en las revistas de Ricardo muchas cosas sobre sus trabajos; sé que podrá ayudarme..."

—Un hombre como él —dijo Li en un murmullo.

Cerró su estuche metálico y se dirigió a la casa, satisfecha al comprobar que la temperatura de México no afectaba en modo alguno el proceso.

—Estoy lista —dijo Li, entrando.

—¿Lista para qué? —dijo Ricardo familiarmente, entrando un segundo después que Li con unos seguros en las manos.

Verónica salió de la cocina.

—Ella es la doctora Li Feng —dijo—. Habla muy bien español. Y el es Ricardo. Se llama Richard, pero para mí es Ricardo.

—Mucho gusto, doctora.

—Mucho gusto, Rich... Ricardo —dijo Li, titubeando.

—Llámala Li —dijo Verónica.

—Bien, Li. ¿Un whisky?

—No, no —dijo Li sin recobrar su aplomo.
 —Entonces que sean dos —ordenó Ricardo.
 Li trató inútilmente de no mirar los ojos de Ricardo. Sentía que los labios le temblaban y los mordió. El corazón aceleró su paso estableciendo un ritmo insostenible. Ahora estaba convencida.
 —¿Cuándo será? —dijo Verónica de espaldas, sirviendo el segundo vaso.
 —Será hoy mismo —dijo Li firmemente.
 —¿De modo que ustedes deciden y yo soy el que está de por medio?
 —¿De por medio? —preguntó Li.
 —Es una expresión —dijo Verónica—. Quiere decir que...
 —Que yo soy el interesado. Quisiera discutir qué vas a hacer conmigo, Li.
 —No hay mucho que discutir —dijo amigablemente Li—. Tú te pondrás en mis manos y yo haré el... mi trabajo.
 —Bueno, la verdad es que yo confío en ti. No necesitas decirme nada.
 —Es verdad, amor —dijo Verónica—. Ya conoces la reputación de Li. ¿No fuiste tú quien me enseñó todos esos artículos sobre ella?
 Verónica buscó una revista.
 —Sí, sí...
 —¿Y no fuiste tú quien dijo que pagaría cualquier cantidad?
 —Sí.
 —Bueno, bueno. Entonces qué les parece si empezamos —dijo Li.
 ¿Ya? —dijo Verónica.
 —¿Ahora? —dijo Ricardo.
 —Cuando terminen sus bebidas —dijo Li—. Mientras yo iré haciendo algunos arreglos.
 —Sólo una pregunta —dijo Ricardo—: ¿Usarás pentotal?
 —Tengo otros métodos —respondió Li.
 —Claro, acupuntura —aseguró Verónica, con la revista en la mano—. ¿No ves que nació en China? Lo que pasa es que ha vivido en Japón. Mira: "...la doctora Li Feng, célebre por sus investigaciones sobre memoria genética y factores hereditarios, presentó la filmación de algunos experimentos con el *Liyang*, la fórmula desarrollada por ella que permite regenerar en los seres vivos desde una célula hasta un miembro entero, con todas sus funciones en plenitud. Los experimentos fueron real..."
 —Bueno —interrumpió Li—, supongo que todos lo hemos leído. Empecemos de una vez.
 —*All right* —dijo Ricardo.
 —Te ayudaré en lo que pueda —ofreció Verónica.
 —Lo haré sola —dijo Li secamente—. Esta habitación está bien. Todo lo que necesito está aquí. Yo te llamaré cuando termine.

Tres horas más tarde Ricardo seguía acostado, todavía con las agujas puestas. Li se apretó los riñones, guardó sus instrumentos, se lavó las manos y se sentó a contemplar a Ricardo tras los lentes. Pensó que no podría quedarse tres días, después de todo. Tenía que regresar lo más pronto posible. Le preguntaría a Verónica por el próximo vuelo a Japón.

—¿Ya? —preguntó Verónica.
 —Ya —dijo Li. Puedes pasar. Hemos tenido éxito.
 —¿No se nota nada! ¡Es precioso!
 —Es igual, sólo que ahora sirve —dijo Li.
 —¿Y qué hiciste con...?
 Verónica se interrumpió al ver la chimenea encendida.
 —¡Eres maravillosa! ¡Lo probaré esta noche!
 —Lo maravilloso es la fórmula, querida. Ahora lo único que he hecho es cortar y aplicarla con cuidado. Hay que cubrir perfectamente todo lo que debe regenerarse. Te imaginas si no la aplico bien? Quizá ahora Ricardo tendría las tres cuartas partes del pene, o el octavo de un testículo, o sus funciones reducidas en alguna proporción.
 —¡Eres maravillosa! ¡Otra vez será mío!
 —Es todo tuyo. Cuando sale el próximo vuelo a Tokio?

Un movimiento hizo volver a Li al presente. Richard despertaba junto a ella en su habitación del boulevard Nichigeji. Tenía la extraña conciencia de nunca haber estado allí ni en ninguna otra parte. No sabía quién era, cómo se llamaba ni qué era. Ni siquiera sabía que no sabía. Y en realidad no tenía por qué hacerlo: aunque su aspecto era el de un hombre de treinta y seis años, acababa de nacer.

Li se felicitó de haber regresado de ese viaje con algo más que su equipaje.

A la misma hora, en México, en una casa blanca de interiores blancos ahumados, junto al lago, una mujer era feliz creyendo ser la única en el mundo que tenía un hombre así.